

# Dissidences

Hispanic Journal of Theory and Criticism

---

Volume 3 | Issue 6

Article 11

---

November 2012

## Gómez, Leila. Iluminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú

Gisela Salas Carrillo  
*University of Colorado at Boulder*

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>

---

### Recommended Citation

Salas Carrillo, Gisela (2012) "Gómez, Leila. Iluminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú," *Dissidences*: Vol. 3 : Iss. 6 , Article 11.  
Available at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol3/iss6/11>

This Review / Reseña is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized editor of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact [mduoyle@bowdoin.edu](mailto:mduoyle@bowdoin.edu).

---

**Gómez, Leila. Iluminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú**

**Keywords / Palabras clave**

Viajes, Viajeros, Nación, Argentina, Paraguay, Perú, Peru

# DISSIDENCES

Hispanic Journal of Theory and Criticism

Gómez, Leila

*Iluminados y tráfugas.*

*Relatos de viajeros y ficciones nacionales en  
Argentina, Paraguay y Perú.*

Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2009.

Gisela Salas Carrillo, *University of Colorado at Boulder*

Aunque la reflexión sobre lo nacional es ajena a los libros de los viajeros decimonónicos y de inicios del siglo XX que visitaron Sudamérica, se sabe que sus textos la informaron. En el momento de emergencia de las repúblicas latinoamericanas, los intelectuales locales, dedicados a la tarea de definir las peculiaridades de sus naciones, acudieron a esos libros en tanto repertorios de imágenes y metáforas sobre su propio territorio nacional e hicieron suyas — mediante un complejo sistema de selección y resemantización — las descripciones de viajeros como Alexander von Humboldt, Francis

Bond Head, Joseph Andrews, Charles Darwin, Aimé Bonpland, los hermanos Robertson y muchos otros.

Los libros de los viajeros de finales del XVIII y del XIX que visitaron esta parte del continente son textos modernos escritos bajo el influjo del desarrollo la historia natural y del romanticismo. Pertenecen, además, a otro momento de la expansión imperialista en tierras americanas liderado por países no hispanos — principalmente Inglaterra — y concentrado en el recorrido al interior del continente. Debido a eso, sus libros son los primeros intentos sistemáticos por estudiar espacios poco atendidos o inaccesibles dentro de las jóvenes repúblicas sudamericanas o, incluso, regiones enteras que en el imaginario occidental estaban asociadas a la fantasía y la utopía, como ocurría con el Paraguay. Esta nueva manera de poseer se dio en el momento en que las potencias imperialistas estaban dedicadas a la búsqueda de fuentes de materias primas y en desarrollar relaciones comerciales con las ex colonias.

Además de su valor científico, estos libros también son piezas literarias donde la naturaleza es tratada como objeto estético. Sus descripciones de la pampa, los llanos, la selva, las montañas, los desiertos, la flora, la fauna y de los habitantes sudamericanos — capturadas por la mirada estetizante de este nuevo tipo de viajero — se convirtieron en la materia prima con la que los ideólogos de estas nuevas repúblicas imaginaron retóricamente sus naciones. Asimismo, su manera de narrar la experiencia de este sujeto moderno en un espacio ajeno y definido por su radical diferencia con Europa inspiró la forma de los discursos nacionales, como en el Río de la Plata.

*Illuminados y tránsfugas* estudia la relación entre los libros de viajeros y los de autores nacionales en América del Sur. Más precisamente, el trabajo de Leila Gómez se concentra en la relación intertextual entre los libros escritos por viajeros que visitaron esta parte del continente y los producidos por autores nacionales dentro de una línea de tiempo que va desde mediados del siglo XIX hasta entrado el siglo XX (1818-1912). Se trata de un estudio interesante porque, hurgando en

las raíces de los discursos nacionales latinoamericanos, Gómez se adentra en el terreno de un aspecto paradójico de aquellos, a saber, la apelación a textos escritos por viajeros europeos para construir un discurso descolonializado.

El corpus que analiza Gómez no incluye a las llamadas ficciones fundacionales. No son, pues, las ficciones nacionales decimonónicas ni ese primer momento de la reflexión sobre lo nacional su objeto de investigación, sino novelas y autores del siglo XX de Argentina, Paraguay y Perú que la retoman. En efecto, aunque los temas y asuntos de estos libros están enraizados en las reflexiones decimonónicas acerca de la nación y de la cultura nacional, estos se desarrollan dentro del contexto de renovados debates contemporáneos a su escritura en cada país. En la Argentina, la relectura de Hudson se lleva a cabo dentro del contexto del escrutinio de su canon literario por los intelectuales de Sur; en el Paraguay, Roa Bastos releyó a los viajeros que visitaron su país en un intento por construir una voz nacional que ponderase la de los viajeros decimonónicos dentro del contexto de un proyecto de ficción fundacional tardío respecto de los otros países de Latinoamérica; finalmente, en el Perú, el movimiento indigenista se apoyó en el descubrimiento de Hiram Bingham para defender una imagen más abarcadora del país donde la perdurabilidad de Machu Picchu “fue interpretada románticamente como una esencia dormida pero eterna y con fuerza insurgente” (38).

Este libro está dividido en tres partes que coinciden con los tres países que atiende. En cada sección, Gómez analiza el diálogo entre la obra de uno o varios viajeros extranjeros y los intelectuales de cada país en la conformación de sus ficciones nacionales (37). En el caso de la Argentina, la autora estudia la conexión entre las obras de William Henry Hudson que tratan de la pampa y el gaucho, y la relectura del canon nacional llevada a cabo por Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada. En el de Paraguay, le interesa la relación entre dos novelas de Augusto Roa Bastos — *Yo, el supremo* y *El fiscal* — y los textos de Aimé Bonpland, Johann R. Rengger, John P. y William P. Robertson, y Richard Burton. En la última sección, presta atención a los vínculos entre

los textos de las expediciones arqueológicas de la Universidad de Yale y The National Geographic Society — especialmente lo escrito por Bingham sobre el descubrimiento de Machu Picchu — y el indigenismo en la narrativa, arqueología y fotografía de Luis Valcárcel, Uriel García, Abraham Guillén y Martín Chambi en el Perú.

Además de los paralelismos de sus lecturas de viajeros, estos escritores latinoamericanos comparten otro rasgo en común, a saber, son figuras que, como los viajeros que los inspiran, asumen una función mediadora entre estos países y el mundo. Se ven a sí mismos como traductores, pero, en un movimiento inverso al de sus homólogos decimonónicos, la dirección de la información va desde Latinoamérica hacia el resto del mundo y no al revés. Es decir, no se presentan como “misioneros de la civilización” — cuyo afán, en el XIX, estaba concentrado en transformar sus entornos para sintonizarlos con los países europeos o con Estados Unidos —, sino como embajadores de sus países que buscan insertarlos en la modernidad global.

Pero ese no es el punto de llegada del trabajo de Gómez. Por el contrario, es la entrada que le permite analizar las especificidades de las reflexiones de estos intelectuales y su relación con los libros de viajes. Por eso, una vez establecida la distancia con las lecturas decimonónicas, el estudio cuidadoso de Gómez desmenuza las diferencias entre estos lectores de país a país. Así, mientras Borges y la gente de *Sur* veían en la figura de Hudson — y en la de su narrador en primera persona de *Far Away and Long Ago* y su alter ego Richard Lamb en *The Purple Land* — la cifra de su propia condición bicultural, Roa Bastos se distancia de los viajeros que visitaron el Paraguay y de sus textos y asume el papel de “comentador experto” y desde ese lugar pondera esa representación de su país y escribe la suya a manera de una ficción fundacional tardía (148). En el Perú, los indigenistas apelaron al descubrimiento de Bingham para, por un lado, argumentar la sofisticación del pasado inca y su lugar dentro del patrimonio cultural del país, y, por otro, sustentar la esencialidad de la nación (206) recuperando ese bagaje como vivencia y no pieza de museo.

Por eso, el estudio de Gómez sobre la intertextualidad entre los libros de viajeros y las obras de estos autores latinoamericanos pasa por dos etapas. En la primera, la autora analiza por separado la manera como cada uno de los textos de estos viajeros representa el espacio latinoamericano y las comunidades que lo habitan. Para ello, Gómez hace un análisis de su retórica y la forma como estos viajeros de la era ilustrada definen su relación con las ex colonias. Primero, los identifica como narraciones de la “anti-conquista” — usando la terminología de Mary Louise Pratt en *Imperial Eyes* —, es decir, como textos en donde la relación imperio/colonia se establece a partir de la construcción de una autoridad idealizada e inocente de Europa sostenida, por un lado, en el conocimiento de la historia natural, y, por otro, en el auspicio de una pujante economía europea. Son, pues, tratados cuyo objetivo era principalmente la exploración y la documentación de todos los aspectos del territorio, lo que explica su asimilación en las narrativas fundantes de la nación. Una vez establecido eso, Gómez pasa a ocuparse de la lectura de esa narrativa de viajes por parte de sus autores latinoamericanos seleccionados.

A comienzos del siglo XX, en plena celebración del Centenario de la independencia en la Argentina, los intelectuales rioplatenses asociados a *Sur* descubrieron en William Henry Hudson, a pesar de su dualidad oximorónica de gaucho y viajero, el nuevo prototipo de la Argentina moderna. De hecho, según explica Gómez, Borges y los intelectuales de *Sur* creían que esa doble condición era una combinación armoniosa que definía lo que consideraban “la ‘esencia’ de la identidad nacional [porque] en ella quedaban resueltos sus antagonismos: lo telúrico y lo extranjero, la pampa y el inmigrante, la barbarie y la civilización, el pasado nostálgico y la modernidad” (78). Para ellos, la figura de Hudson podía, pues, disputar legítimamente el lugar que Leopoldo Lugones les había asignado a José Hernández y su *Martín Fierro* dentro del canon literario nacional. De hecho, esa recuperación de Hudson para el canon buscaba saldar un aspecto problemático en la definición de la nación argentina, a saber, el asunto de la inmigración y la cuestión de la homogeneidad lingüística

(73), porque con ella se recobraba el aporte de una inmigración temprana y culta— preeminentemente inglesa y deseada por los padres intelectuales de la patria — que durante finales del siglo XIX había sido casi fagocitada en el día a día bonaerense por las hordas de inmigrantes pauperizados que habían tukurizado la ciudad y, para muchos, la cultura.

En el Paraguay, Augusto Roa Bastos escribe tardíamente — respecto del resto de países latinoamericanos — la “novela fundacional” de su país (147-148). Por eso, para Gómez, *Yo el supremo* es lo que *Facundo* es a la Argentina y *Doña Bárbara* a Venezuela. En su condición de “fundante”, el tema de esa gran novela de Roa Bastos está comprometido con la reflexión acerca de lo nacional. Más precisamente, está concentrado en el asunto de su representación, dramatizado en la figura del compilador. El corpus de los libros de viajeros que visitaron el Paraguay — Azara, Bonpland, Rengger, Longchamp, los hermanos Robertson, Burton — le sirvió a Roa Bastos para cotejar las versiones de la historia de un periodo crucial de la república paraguaya, a saber, la dictadura del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia. A diferencia de los intelectuales argentinos y su relación con Hudson, Roa Bastos tomó distancia de los viajeros.

Finalmente, en el caso peruano, los indigenistas se valen de las investigaciones promovidas por la Universidad de Yale y *The National Geographic Magazine* en los Andes para justificar una identidad nacional inclusiva. El descubrimiento arqueológico de Bingham sirvió para “elaborar un discurso local sobre las ruinas y Machu Picchu, tratando de unir el pasado y el presente con la necesidad consciente de asociar el indio contemporáneo con un pasado prestigioso y espectacular” (205). Sin embargo, es importante notar que la manera en que Bingham y los indigenistas se acercan a las ruinas es opuesta. Mientras que para el arqueólogo americano ellas son piezas de museo, para los indigenistas peruanos son monumentos que representan la perdurabilidad de un aspecto de la cultura nacional. Este acontecimiento, además, impulsó el desarrollo de la arqueología peruana, la



disciplina cuyos aportes se convirtieron en los soportes de la “invención de una tradición y una memoria histórica común” (207).